



TESTIMONIO N° 3 RELATADO POR EL PASTOR HUGO GAMBETTA



"TÚ SERÁS UN PASTOR"

LA INFLUENCIA DE DOS HOMBRES DE DIOS

"No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de suprimirlo, y no pude." Jeremías 20:9

En la vida de todos los seres humanos hay personas que ejercen una influencia determinante en el futuro del individuo; influencia que ha de marcar el rumbo de su existencia como luz al viajero por la senda oscura de la vida, señalando el derrotero como estrella al navegante.

Son muchas las personas que Dios utilizó en mi vida para formarla y moldearla. A mi madre, Doña Mabel, le debo la firmeza de carácter, la fe inquebrantable, la memorización de cientos de pasajes de Las Escrituras que aprendí de niño, el interés por la música y la poesía, la tenacidad y la seguridad de que todo se puede lograr en esta vida, con la ayuda de Dios, la pulcritud y el orden, "la primera ley del cielo".

A mi padre, Don Víctor, le agradezco la agudeza mental, don de Dios, para saber conectar los textos de Las Escrituras y darles forma y relevancia. Le debo el ideal de superarme siempre, la visión de ver más allá del presente, con esperanza al futuro de Dios; el alma de poeta y el corazón de gitano, o judío errante. El realismo, el positivismo, el buen humor, la osadía por lo grande y el estoicismo en las pruebas, aceptando siempre la voluntad de Dios. Le agradezco las horas interminables que pasó a mi lado corrigiendo mi dicción hasta que fuese perfecta; el énfasis de las palabras, el poder de las pausas y el efecto impresionante de las modulaciones de la voz. La sólida base doctrinal y el arte de la apologética. A ambos les debo el don de la enseñanza y el amor por la lectura y por todo lo hermoso; el apego al trabajo, la abnegación y el servicio desinteresado. Pero sobre todo el alto sentido de la justicia, el cumplimiento del deber y el valor para salir en defensa de la verdad a cualquier costo.

Dejaron huellas profundas en mi vida mis primeras maestras: Blanca Nieves de Haieck y Yolanda Riffel de Pose; y mi maestra de quinto y sexto grado: Haydee Lezcano de Cairo quien descubrió y fomentó en mí el talento de la prosa.

Nunca olvidaré las frases altruistas y los pensamientos elevadores que mi profesora de mecanografía, Ausonia de Cordiviola, me hacía copiar en horas interminables de práctica tediosa, amenizadas tan solo por el contenido soberbio de las lecciones mecánicas.

¡Y cómo olvidar a Doña Angélica Mora de Paraván, mi profesora de teoría, solfeo y piano! Supo desarrollar en mí el amor por la buena música y el oído discriminador para hacer a un lado lo que no daba la altura de lo perdurable y elevador. Y sin ser ella adventista, me enseñó a ejecutar los himnos del Himnario “con brío, en forma majestuosa y solemne”, haciéndole “hablar al piano.”

Cabe mencionar a mi profesora de declamación, Nelly de Dortona, que puso vuelo a mis pensamientos y me envolvió en el mundo sin fronteras del pensamiento expresado en poesía. Con ella reforcé mi memoria al aprender largas y sentidas poesías, y le di forma a la expresión dramática.

También hizo mella en mi vida el pastor que me bautizó a los doce años, Daniel Riffel Visner, con su voz estentórea y su porte gentil, que seguramente traté de imitar inconscientemente, habiéndolo tenido como dechado de lo que un buen pastor debe ser. Y muchos, muchos más que ejercieron una influencia benéfica y formativa en mi niñez y juventud.

Pero quiero llegar a los **dos hombres de Dios** que implantaron su “imprint” en mi alma, usados por Dios para guiarme a tomar las decisiones más trascendentales de mi existencia.

El primero, **Ángel De la Torre**, pastor de los años de mi adolescencia en la Iglesia Hispano Americana en Los Ángeles, California. Con su cabello blanco, cabeza coronada por las nieves de la sabiduría divina, su tono cubano alegre, su paso firme y seguro, y la visión divina en sus ojos; tuvo la sabiduría de involucrarme de lleno en las actividades de la iglesia en esos años peligrosos cuando gran cantidad de jóvenes se involucran en otras cosas. Tuvo hasta la franca osadía de cederme el púlpito de esa iglesia con más de 1000 miembros donde a los tan solo 15 años de edad prediqué mi primer sermón. Y así colocó, sin palabras, la semilla que pronto habría de germinar para hacer de mí un predicador. Y luego el Señor mismo puso palabras en su boca.

Sucedió unas semanas más tarde, un sábado por la mañana a la hora del sermón. En verdad, no recuerdo el tema del sermón, pero sí el llamado al final de éste, palabra por palabra, pues no era el pastor De la Torre el que hablaba, sino Dios a través de él, hablándome directamente a mí. Ese fue el llamado de Dios, cuando Él me llamó **a mí**.

Recuerdo hasta el lugar donde estaba sentado, en la primera fila del balcón de la iglesia. Había yo terminado mis estudios secundarios y, atraído por las ciencias, había tomado la determinación de estudiar medicina. Por lo adelantado académicamente y lo sobresaliente de mis notas no fue difícil conseguir que me aceptaran en la universidad de mi elección. En verdad todas las instituciones que contacté me ofrecieron becas. Yo “sabía” lo que quería. O a lo menos así pensaba con mis escasos 15 años. “Voy a ser médico, médico misionero. Voy a servir a Dios y a su causa en un hospital adventista en el África.” Pero Dios sí sabía lo que Él quería para mí.

El pastor De la Torre concluyó su sermón con un llamado a la juventud a entregar su vida al servicio de Dios. Yo me puse en pie pues era mi deseo servirle. Pero entonces el pastor hizo algo que nunca antes había hecho en sus largos años de ministerio. (Años más tarde, en mi viaje de luna de miel, pasé a saludar al muy querido pastor, ya retirado de su servicio público. Muy querido por mí y también por mi flamante esposa, ya que fue él quien la bautizó. Me atreví a preguntarle, – ¿hizo usted alguna vez en su vida otro llamado como ese? A lo que me contestó: –La verdad es que nunca antes, ni nunca después.) ¿Y qué tenía de particular ese llamado? Pues que el pastor De la Torre tuvo a bien llamar a los jóvenes que quisiesen prepararse para el ministerio a que pasasen al frente.

–Quizás Dios te está llamando a ti para que seas un pastor –decía el pastor en su llamado.

Yo ya estaba de pie, en respuesta al llamado a servirle, pero esa declaración me golpeó como un rayo en cielo despejado. Sintiéndome seguro en el tamaño gigantesco de la congregación, dije para mis adentros:

–Esto no es conmigo.

–Joven, esto es contigo.

El pastor no podía verme en ese mar de gente.

–No se refiere a mí, estoy seguro.

–A ti, joven, te estoy llamando. Me refiero a ti.

El llamado lo sentí tan directo, como si nadie más estuviese en ese santuario, sino el pastor y yo. Era Dios que leía mis pensamientos. Ya yo sentía que era conmigo.

–Pero Señor, –alegué ahora hablando con mi Dios– tú sabes que voy a servirte siendo un médico misionero.

Y como si fuera el eco de mis pensamientos el pastor repite:

–Puedes estar diciendo en tu corazón: “Señor, voy a servirte siendo un médico o un maestro” ¿y qué si Dios quieres que seas un pastor?

Me di cuenta que algo extraordinario estaba sucediendo. Dios estaba leyendo mis pensamientos y colocando palabras en los labios del pastor, o más bien, hablándome a mí a través de él. Me enojé con Dios. No quería ser un pastor. Iba en contra de mis planes.

Y entonces el pastor replica –puede ser que tengas otros planes, pero ¿son esos los planes de Dios para ti?

Me resistí a responder al llamado. Me dije a mí mismo –No quiero ser un pastor. Seré un médico. Dios no puede obligarme. Y con la velocidad de la luz vino la divina respuesta,

– ¿Por qué te resistes? Ven, pasa adelante y toda esa lucha que tienes se acabará. Y no era mi mente que me jugaba un truco. Era el pastor De la Torre desde el frente continuando el llamado. Era Dios llamándome.

El frente de la iglesia estaba repleto de jóvenes que habían pasado, y yo todavía luchando en el balcón de la iglesia. Luchando contra Dios. Como Gedeón, pedí una prueba. Dije en mi mente –Señor, si en verdad Tú me estás llamando, yo iré, pero necesito estar seguro. El pastor acababa de decir –vamos a orar por todos estos jóvenes que han pasado al frente–, ya el llamado se acababa.

Entonces desafié al Señor. –Si en verdad Tú me estás llamando a mí a través del pastor, entonces, llámame una vez más y sabré que eres Tú.

En ese momento el pastor elevó su mirada como dirigiéndose al balcón. Yo sabía que no podía distinguir rostros a esa distancia, el edificio es grande. – Llamaré una vez más– dijo– para dar la oportunidad a algún joven más que aún duda si en verdad Dios lo está llamando.

Y entonces, como seña y sello de quién en verdad me llamaba, vino la invitación celestial.

–Esperaré, si algún joven necesita bajar del balcón y acercarse al frente, esperaré antes de orar.

Y así acabó la lucha, Dios venció y yo humildemente dirigí mis pasos por las escaleras, atravesando el hall de entrada de la iglesia para tomar el pasillo de la izquierda, me uní al gran grupo, seguro más de 50, que ya habían pasado al frente.

Recuerdo el rostro de muchos de mis amigos que pasaron al frente ese día. Que yo sepa, soy el único de ese grupo que llegué a ser un pastor.

Y esto que acabo de relataros, es sólo la mitad del milagro. Porque cuando Dios hace un milagro, lo hace completo. Dios no solo llama, Él también capacita, Él provee los medios.

Esa misma tarde, después del culto, en casa de una familia que vivía a dos cuadras de la iglesia, el pastor Pedro Geli Sr. me mostró un versículo en el libro del profeta Jeremías, que resume la experiencia de mi llamado de Dios al ministerio.

Me dijo el pastor Geli –estaba orando por ti para que pasases al frente–, ¿acaso sabía él de mi lucha y mi pelea con el Señor? Este fue el versículo que me leyó:

“Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste.” Jeremías 20:7

¡Cuán poco podía imaginarme ese día que también las palabras finales de ese versículo, junto con los versículos subsiguientes, serían la experiencia de mi vida! Si quien lee estas palabras conoce algo de la vivencia de este humilde siervo suyo, podrá evaluar cuán exactamente describen los versículos de **Jeremías 20:7-12** la experiencia de mi vida y ministerio. (Lee los versículos y entenderás).

Y con esto llego a presentaros al segundo hombre de Dios, quien después de mi padre natural, fue la persona que más influencia ha tenido en mi vida espiritual. Mi padre espiritual, un gigante en el conocimiento de Las Escrituras y el Espíritu de Profecía, un gran caudillo de las huestes del Señor, hombre sabio y prudente, valeroso soldado en el ejército americano, que por guardar el sábado no temió el calabozo. Maestro de maestros, el **Pastor Pedro Geli Sr.**

Y para esto retrocederé unos meses en la historia. Papá Geli, como cariñosamente le llamábamos, tenía una gama de valiosos dones. Entre ellos el don de la sabiduría, de la ciencia y de la enseñanza. Era músico y artista que plasmaba en el lienzo y en las cuerdas de su guitarra las imágenes tranquilas de la vida autóctona y campesina de su amada Borinquen, la “Isla del Encanto” que le vio nacer, Puerto Rico, su tierra adorada.

Pero de todos los talentos que Dios le dio, había uno que habría de elevarlo a la cima del logro humano en esta tierra, que habría de transformarse en su obsesión y en el magno propósito de su vida toda. Tenía la agudeza y la visión como para discernir la “buena madera” que había en ciertos jóvenes para llegar a ser obreros en la causa de Dios, y se transformaba, ipso facto, en su mentor. Habría de ser él quien los inspirara y guiara a las fuentes del saber

divino, quien les abriera de par en par la visión beatífica de Dios a través de su inspirada Palabra, quien les sirviera en bandeja de plata el succulento banquete del inagotable conocimiento del Eterno, quien desafiara esas mentes jóvenes a alcanzar el alto ideal que Dios tiene para sus escogidos,

“El ideal que Dios tiene para sus hijos está por encima del alcance del más elevado pensamiento humano. El blanco a alcanzarse es la piedad, la semejanza a Dios.” **La Educación, p.16**

“El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia.” **Proverbios 9:10**

Son muchos los que poseen gran conocimiento, eruditos y muy estudiados; pero pocos son los que saben verter ese conocimiento en otros en forma tal que despierte el ansia de aprender más, aguzando el interés y el deseo de saber. El motivar la mente al aprendizaje, el presentar el tema de tal manera que fascine y atraiga, es un arte, y papá Geli en esto era en verdad un artista. Este era su verdadero arte.

Habiendo sido por años educador de jóvenes, conocía la mente de la juventud. Y supo reproducirse en sus discípulos, el grado máximo al que pueda aspirar cualquier maestro. Y nosotros, sus pupilos, somos la continuación de su ministerio. Decenas de jóvenes que fuimos moldeados y formados a sus pies, somos el testimonio de una vida consagrada al servicio de Dios.

Papá Geli no solo ostenta el orgullo de tener dos hijos propios, Pedro Júnior y Samuel en las filas del ministerio adventista, pero un ramillete de hijos adoptivos que tenemos el privilegio de servir como pastores y maestros en la Iglesia Adventista. Y todos rastreamos nuestro inicio y el comienzo de nuestra vocación a esos días pasados en el estudio del pastor Geli, rodeados de distintas versiones de la Biblia, concordancias, diccionarios bíblicos y teológicos, mapas de los tiempos de la Biblia, comentarios bíblicos, diccionarios griegos y hebreos, diagramas y cronogramas, pero sobre todo, esos “libritos rojos”, leídos y releídos, subrayados y anotados, los libros inspirados del Espíritu de Profecía.

Con papá Geli aprendí el arte del estudio crítico de un texto. No la crítica al texto sino la investigación crítica. El respeto y confianza implícita que afianzó en mí en la inspiración de las Sagradas Escrituras y el Espíritu de Profecía ha marcado indeleblemente mi fe, mi predicación y mi ministerio.

—Hugo, ¿quién escribió esto que estamos leyendo? ¿Cuándo lo escribió? ¿A quién iba dirigido? ¿Qué circunstancias rodearon la escritura de este texto? ¿Por qué lo escribió? ¿A qué preguntas responde? Y las preguntas podían

seguir sin parar por horas hasta lograr respuesta para todas. Y luego el arte de la hermenéutica, la correcta interpretación del texto, pasando por la exégesis estricta de cada pasaje.

– ¿De qué viene hablando? ¿Cuál es el contexto inmediato? ¿Por qué usó esa palabra y no esta otra? ¿Qué significa esa palabra? Y quiero el significado exacto. Hasta las preposiciones usadas, la puntuación y las frases de transición habíamos de estudiar a cabalidad pues todo era importante.

Y una vez que creíamos entender correctamente el texto en todos sus matices, entonces a compararlo con el contexto amplio de Las Escrituras. ¿En qué otro lugar se usa esa frase, esa palabra, ese concepto, esa idea? ¿Dónde más se habla de este tema? ¿Cómo lo entendió el mismo profeta? ¿Cómo lo aplicó otro autor inspirado?

Y entonces, recién entonces, el arte final de la homilética. ¿Cómo se aplica a nosotros hoy en día? ¿Qué nos está diciendo Dios en este texto? ¿Qué principios hay envueltos? ¿Qué parte de este mensaje está sujeto a circunstancias temporales, como tiempo, lugar y cultura? ¿Cuál es el principio que enseña? ¿Cuál es el mensaje trascendente?

Y luego de haber exigido a la mente a usar todas las herramientas a nuestro alcance para la correcta comprensión y aplicación del texto, llegaba el momento esperado para escudriñar al príncipe de los comentarios, la reina de las homilías, el Espíritu de Profecía.

–Valen más diez palabras inspiradas que diez mil de comentarios que son tan sólo opiniones humanas– me repetía una y otra vez papá Geli.

Y no deseo agobiarte con los detalles de esas maratones de estudio en el escritorio de papá Geli, pero en esto justamente reside el segundo milagro de mi llamado al ministerio. Si Dios pudo llamarme así, en forma tan directa, respondiendo a los pensamientos de mi alma con voz audible a través del pastor De la Torre, fue Dios también el que realizó el milagro de poner en mi camino a ese gigante en Las Escrituras y el don profético proveyendo así el medio para mi capacitación, y todo esto mucho antes de ir al Seminario Teológico, siendo un jovencito de 15 años.

¿Qué misterio se esconde en la atracción entre un joven y un hombre maduro, entonces con más de 50 años, para que ese joven prefiriese pasar horas y horas estudiando, en lugar de malgastar esas horas en las diversiones propias de su edad y el ambiente que le rodeaba, sino la misma mano de Dios?

– ¡Geli!– decía doña Celia, su abnegada esposa. –Ya deja a ese muchacho que coma. Mira que ya he recalentado tres veces el arroz con gandules.

–Pero si ya comimos– replicaba él haciéndome un guiño que ella no advertía.

–Déjate de cuentos, Geli, que llevan ya ocho horas seguidas estudiando y sin comer.

–Qué ya comimos, Chelín. Tú no sabes que comimos una comida succulenta.

– ¡Geeliii, yaaaa! ¡Vengan a comer de inmediato!

–La comida que nosotros comemos, tú no la sabes. Es comida que sacia.

Eso era cierto, pero esa comida daba más y más hambre. No había semana que no pasásemos horas en estudio. ¡Pero qué bueno sabían ese arroz con gandules de mami Celia también!

Como ya había terminado mi educación secundaria, podía darme el lujo de pasar el tiempo que quisiese en el estudio de la Biblia. Y eso también gracias a papá Geli, pues me mostró la manera de avanzar llevando cursos en casa, aparte de las materias regulares de la escuela. Como avanzaba a mi propio ritmo, no me fue difícil completar todas las materias del curso de educación secundaria en menos de un año. Pero al estudiar por mi cuenta, tenía el mejor de los tutores, un profesor de más de 30 años de experiencia en educación secundaria. Y para las materias que no eran su fuerte y que a mí me costaban, tales como geometría, trigonometría, física y química, él mismo me consiguió tutores de entre sus ex-alumnos que se habían destacado en esas áreas.

Y toda esa ayuda que me dio para avanzar en mis estudios, era con el deseo secreto que yo llegase a ser un pastor. No me lo decía nunca, pero trabajaba por fe, dando por sentado que así sería. Por eso, el día que respondí al llamado de Dios pasando al frente, me dijo: “estaba orando por ti”.

Pero no perdió tiempo. De inmediato, al aceptar yo el llamado, lo tomó tan en serio, que redobló sus esfuerzos por edificar esa base sólida sobre la cual se asentaría mi entrenamiento teológico formal. Y esto me lleva a la última parte del milagro de Dios.

Dios cuando llama, capacita, pero también provee los medios. Y los medios significaban en este caso la beca para poder estudiar en una institución adventista. Para estudiar medicina tenía ofrecimiento de becas, pues eran instituciones estatales que se interesaban en tener como alumno a un joven precoz y prometedor. Pero en universidades adventistas no existía esa posibilidad, a lo menos 30 años atrás. Años más tarde me enteré cómo el pastor Geli había conseguido ayuda financiera para otros jóvenes que había enviado a estudiar ministerio. Pero para mí, había otro camino, más esforzado, pero más

fructífero y con mayores dividendos. Y aquí se vuelve a ver la mano de Dios guiando mi vida, su bendita providencia.

—La mejor escuela para el ministerio, Hugo, es el colportaje. Me dijo sin más ni más el pastor Geli, y me lo probó mostrándome la cita en *Obreros Evangélicos*, p. 100. Y mis padres concordaron plenamente. Pues entonces, manos a la obra, y de inmediato.

¿Y quién habría de ser mi compañera en el colportaje, sino aquella persona que apoyaba en complicidad celestial todo el plan forjado para ese muchachito que “va a ser un gran pastor”? Aquí es donde mamá Geli toma las armas como madre adoptiva al fin, en aras del futuro de su “hijo”. Y había resultado ser en años de su juventud, una aguerrida colportora. Parece que hay cosas en la vida que, una vez aprendidas, nunca se olvidan. Pues volvió a la lucha, y con más bríos que nunca, por una gran causa: acompañar y enseñar a Hugo en el colportaje para que pronto pudiese ir a estudiar el ministerio.

¡Y qué escuela fue aquella! Un año entero colportando tiempo completo con mamá Geli. ¡Qué pareja singular aquella! Ella, cincuentona y con experiencia rica no sólo en el arte de venta, sino en el arte de llegar al corazón de las personas con el bendito evangelio de salvación. Él, un muchacho rayando en los 16, orgullosamente ostentando su nuevo poder adquirido, su licencia de conducir, sin la cual no hubiera sido posible el trabajo de colportaje en ese territorio tan extendido del Sur de California.

La rutina era sencilla: por las mañanas salir a colocar la propaganda en las oficinas médicas, dentales y de abogados, con muestras de los excelentes libros que patrocinábamos. Por las tardes visitar casa por casa las familias hispanas para ofrecerles la preciosa mercancía, como los valdenses de antaño. Y por las noches visitar las referencias y los interesados que enviaban por correo a pedir información como resultado de la propaganda puesta en oficinas y en todo lugar público. Y los viernes por la noche, sábados por la tarde y domingos por la mañana, sentarse a los pies de “Gamaliel”.

Aprendí tantas cosas ese año, que me capacitarían para el trabajo del ministerio. Cómo entrar en los hogares, cómo presentar el plan de salvación, cómo dar estudios bíblicos a los interesados que surgían de nuestra visitación, cómo orar en los hogares, cómo despertar el interés por las cosas espirituales, cómo responder a preguntas de la Biblia, cómo traer gente a la iglesia, cómo aconsejar. Verdadera escuela el colportaje, insuperable para aquel que quiera ser un ministro.

Y Dios coronó los esfuerzos de esa pareja singular de colportores con gran éxito. No sólo en ventas que se tradujeron en becas completas de estudio, no solo en maravillosas experiencias y entrenamiento de primera línea en el ministerio evangelístico, pero preciosas almas que se unieron al pueblo que espera la segunda venida de Cristo, preciosos trofeos que sin duda veremos brillar “como estrellas a perpetua eternidad” en el reino de los cielos. Ese año fuimos campeones de venta, teniendo como nuestro líder colportoril al siempre recordado hermano Juan Neira. Y mamá Geli se compró la casa de sus sueños, mandada a construir a su gusto, pues el colportaje, amigo que me lees, rinde también su fruto y Dios es quien da la bendición. Justamente sería el colportaje el medio provisto por Dios, no sólo para costear todos mis estudios teológicos y mis viajes desde Estados Unidos a la Argentina para estudiar, pero también la puerta de entrada al ministerio, pues me inicié en el servicio denominacional como director de colportaje de jóvenes al graduarme con la licenciatura en teología. Y tuve la rara oportunidad de enseñar a otros jóvenes, más de 20, lo que yo mismo había aprendido por providencia de Dios.

Si algún joven que me lee, en lo recóndito de su ser, siente que también a él Dios le está llamando, quizá en este mismo momento, al leer esta historia, a contemplar el servicio a Dios en su causa, que es la más noble y sagrada de todas las vocaciones; pues entonces, joven, deja que el Espíritu Santo te convenza. Quizá no en la forma sobrenatural que me habló a mí, pero sí tan segura y cierta como la voz de Dios hablando en este instante a tu conciencia, que te dice, retumbando en las cámaras de tu alma: “*Tú Serás Un Pastor*”. No desatiendas esa voz, porque no podrás ser feliz siendo ninguna otra cosa, sino aquello para lo cuál Dios te ha escogido y para lo cual ahora te llama: a ser un siervo suyo. Y no temas, porque a quien Dios llama, también capacita, y es Él quien proveerá los medios. Y todo esto es un verdadero milagro de Dios. Porque todo llamado de Dios es *un milagro*.

NOTA: Este testimonio fue tomado del Capítulo 9 del libro *MILAGROS EN MI FAMILIA*, del Pastor Hugo Gambetta.

Este testimonio llegó a ti por gentileza del ministerio:

EL EVANGELIO ETERNO
3116 EAST CEDAR LANE
CRETE – IL – 60417-3770
(708) 367-0333
www.elevangelioeterno.com

